

Contra el olvido

MIGUEL MARTORELL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

Tenemos que “perseverar hasta nuestro último aliento para que las historias del Holocausto (sean de quien sean) no caigan en el olvido; ¡Tenemos que luchar para que sean escritas y no desistir nunca!”. Es Philomena Franz, superviviente sinti de la persecución nazi, quien escribe esto en la “Presentación” del libro *Holocausto gitano*, de María Sierra. Presentación volcada al castellano por Virginia Maza que también ha traducido para Editorial Xordica las memorias de Franz, tituladas en España *Entre el amor y el odio. Una vida gitana*.

María Sierra acomete este proyecto bajo dicho imperativo: combatir el olvido. Pero también convencida de que no basta con recordar. Es necesario insertar los testimonios en un contexto inteligible que permita comprender qué ocurrió con los gitanos en la Europa dominada por el Tercer Reich. Y una vez hecho este esfuerzo, hay que difundir, “convertir el conocimiento científico en conocimiento público”. Así, *Holocausto gitano* aspira a llegar a un rango amplio y variado de lectores. Será útil para investigadores y docentes, pues compendia lo que hasta la fecha se ha escrito sobre el intento de exterminar a las comunidades gitanas europeas, poco de lo cual se ha publicado en España. Pero también se aleja de la jerga académica con el fin de llegar a un lector no especializado, pero interesado en la historia del siglo XX.

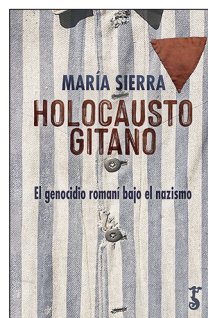
De esta voluntad expresa por difundir da cuenta el propio título. Si se hubiera publicado en otro idioma, aclara la autora, hubiera debido emplear *roma* (sustantivo) y *romaní* (adjetivo), formas más aceptadas internacionalmente. Pero en España el término gitano está muy extendido. Además, a

diferencia de lo que ocurre en otros países, no tiene una excesiva carga despectiva y la comunidad gitana española lo reivindica.

El devenir de las comunidades gitanas ofrece una perspectiva compleja y oscura sobre los procesos de modernización que desde finales del siglo XVIII transformaron Europa. Esa es una de las grandes virtudes de este libro. La existencia de comunidades nómadas se compaginó mal con el desarrollo del Estado y su aparato burocrático. No es casual, por ejemplo, que entre las grandes persecuciones genocidas figure la Gran Redada, emprendida en 1749 por el marqués de la Ensenada, autor del primer gran censo español: los nómadas encajaban mal en el intento de contar cuántos individuos vivían en cada metro cuadrado del territorio.

Organizados en comunidades errantes, carentes de conciencia nacional, los romaníes tampoco hallaron su lugar en un tiempo en el que eclosionaban los nacionalismos y los estados ejercían un control creciente sobre individuos y fronteras. Su desapego hacia la propiedad inmueble chocó con el orden político y social liberal, uno de cuyos pilares era el carácter sacrosanto de la propiedad. Al tiempo, a lo largo del siglo XIX, naturalistas y científicos sociales establecieron un rango jerárquico entre grupos humanos basado en la raza o el grado de civilización asignado a cada uno: las comunidades romaníes fueron catalogadas como primitivas, extrañas, incapaces de encajar en el mundo moderno.

Todo ello conformó la imagen del gitano como un ser inadaptado, ajeno a la cultura y la sociedad europeas, y alentó la construcción de un discurso antigitano que gozó de un notable



María Sierra
Holocausto gitano. El genocidio romaní bajo el nazismo.
Arzalia Ediciones,
2020, 286 pp., 21,95 €

éxito en Europa. Vagabundos, los gitanos conformaban una raza extraña, fácilmente identificable por sus rasgos o el color de la piel; primitivos, ofrecían una imagen atrasada de los lugares que habitaban; poseían códigos morales diferentes; eran maleantes, amigos de lo ajeno y —por tanto— peligrosos. Su mera presencia ya resultaba disruptiva y por eso había que reeducarlos, disciplinarlos, assimilarlos o, si esto era imposible, extirparlos de la sociedad. Por todas estas razones, en el primer tercio del siglo XX la mayoría de los estados europeos enmarcaron las políticas que les atañían en el ámbito de la lucha contra la delincuencia.

El Tercer Reich asumió la consideración de los asuntos gitanos como una cuestión de orden público y su aparato policial redobló los esfuerzos para combatir y retirar del espacio público a un grupo considerado asocial. Al tiempo, los nazis decidieron que su misión era reconstruir el territorio bajo su control sobre el principio de jerarquía racial. Las leyes de Núremberg, de 1935, dictaminaron quiénes eran arios en función de los orígenes familiares y privaron de derechos ciudadanos a quienes no lo eran. A partir de aquí, las comunidades judías y romaníes siguieron un destino que con frecuencia discurrió en paralelo: primero fueron extirpadas de la sociedad; después llegó la hora del exterminio.

La persecución nacionalsocialista abarcó a todos los romaníes. Primero a los grupos nómadas; después, bajo el prisma de la pureza racial, llegó a quienes se habían asimilado y se consideraban plenos ciudadanos alemanes, franceses o de los distintos territorios que ocupó el Tercer Reich. Mediados los años treinta comen-

Almería en la Edad Moderna

JULIA HERNÁNDEZ SALMERÓN

IES EL ARGAR

zaron las esterilizaciones, las deportaciones a guetos y campos de trabajo, el pillaje de sus propiedades, las reclusiones en campos de concentración... A partir de 1941-42 empezó el exterminio sistemático. No hay datos precisos pero el número de muertos osciló en una amplia horquilla que va desde 250.000 a 500.000, cifra que las últimas investigaciones tienden a elevar.

“Que las historias del Holocausto no caigan en el olvido” escribe Philomena Franz en la presentación de este libro. Precisamente eso fue lo que ocurrió tras la guerra con el genocidio de los romaníes. El discurso antigita no construido desde los albores del mundo contemporáneo demostró una terca vitalidad e impregnó las políticas de posguerra. Durante décadas se les negó su condición de víctimas argumentando que la persecución nazi tuvo lugar por motivos policiales, y no raciales, en el contexto de la lucha contra el crimen. Un planteamiento que —por terrible que suene— legitimaba de facto la política del Tercer Reich.

Los supervivientes, desolados por el estigma de seguir siendo tratados como criminales, se resistieron durante años a narrar su experiencia. La situación empezó a cambiar en el último cuarto del pasado siglo, cuando se fundaron las primeras organizaciones internacionales que exigieron el reconocimiento del genocidio y llegaron las primeras investigaciones académicas sobre el mismo. El panorama ha mejorado considerablemente a comienzos del siglo XXI. Hoy el genocidio de los gitanos europeos ya no está en cuestión pero aún queda mucho por conocer, por comprender, por explicar, por difundir. De ahí la importancia de este libro. ■

El Instituto de Estudios Almerienses comienza la publicación de la colección *Historia de Almería* por el tercero de los cinco volúmenes que constituirán esta ambiciosa obra. *Edad Moderna: Siglos XVI-XVIII. Crisis, frontera y recuperación* es el título de este volumen; una obra colectiva en la que colaboran treinta historiadores e investigadores para presentarnos una revisada y actualizada sistematización de la Historia de Almería.

En sus once capítulos, aparecen trabajos sobre distintos aspectos socioculturales así como sobre los principales acontecimientos históricos de los siglos abarcados: la Almería mudéjar y morisca, la guerra de las Alpujarras y la repoblación durante el reinado de Felipe II, entre otros muchos. Una gran novedad es la inclusión de investigaciones nunca antes contenidas en una obra de estas características, como la relación con el Imperio español partiendo del estudio de destacados personajes indianos: Pedro-Murillo Velarde, en Filipinas, o los Marín de Poveda, en Chile. El arte y sus manifestaciones en el ámbito religioso, civil y militar —esta última institución, tan destacada en una tierra de frontera como la almeriense— cierran este volumen con una amplia y rica variedad de ilustraciones y textos complementarios.

El título del volumen, *Crisis, frontera y recuperación*, ofrece desde el comienzo una invitación a mirar la historia como una zona de conflicto. Crisis y frontera constituyen, de hecho, dos conceptos clave para la interpretación del siglo XVI, centuria fundamental que ocupa más de la mitad de los capítulos de esta obra. En todos ellos, los lectores encontrarán los elementos históricos primordiales con que se conformaron y desarrollaron tanto la singularidad territorial almeriense como la complicada convivencia entre vencedores y vencidos, que desembocaron, en el último tercio del siglo, en un proceso *sui generis* de asimilación al modelo castellano. Los trabajos sobre las dos siguientes centurias abordan la recuperación demográfica y económica que volverá a traer, ya en pleno siglo XVIII, los niveles existentes a me-



Julián Pablo Díaz López, Pedro Martínez Gómez, Bienvenido Marzo López, Alfonso Ruiz García y Valeriano Sánchez Ramos (coords.)
Crisis, frontera y recuperación. Historia de Almería. Tomo 3. Edad Moderna
Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 2019, 378 pp., 35 €

diados del XVI; con ello, se equipara Almería al resto de Andalucía en sus aspectos político-administrativos, militares y sociales dentro del contexto de la Corona. Todos los artículos se enmarcan en los límites espaciales de una tierra fronteriza que primero fue militar y posteriormente un espacio territorial vacío que fue ocupado progresivamente.

Una parte dedicada al arte completa el estudio de la Almería moderna y recoge los aspectos fundamentales de sus manifestaciones en la provincia. Las obras artísticas, como representaciones de la época, nos ayudan a comprender tanto el imaginario del Antiguo Régimen en Almería como algunas de sus peculiaridades artísticas, influidas notablemente por el arte mudéjar y sus pervivencias en los estilos artísticos que se sucedieron, todos ellos sujetos —especialmente en el litoral— al *modus vivendi* que tanto marcó estas tierras.

Por último, los contenidos son presentados de manera atractiva para el público en general, fruto del excelente trabajo realizado por el equipo multidisciplinar que ha elaborado la obra. El lector encontrará en ella un nuevo enfoque de la historia de Almería: los almerienses como agentes de la historia; así como una integración de conocimiento y divulgación gracias, también, al gran número de imágenes, planos, gráficos y tablas estadísticas que la complementan e, incluso, las enriquecedoras entradas biográficas y de hitos históricos específicos. Todo ello hace de este volumen una obra importante para cualquier estudiante o estudioso de la historia de Almería y de Andalucía que, de seguro, influirá en la propia historiografía andaluza. ■

El siglo de Carande

ASUNCIÓN DOMÉNECH

DOCTORA EN HISTORIA

Con atuendo singular, elegante y europeo... paso rápido, decidido, aislado, tajante... espejuelos amplios y redondos, bastón de andarín consumado, cabello un poco a lo músico de hace treinta años, prieto de carnes, agilísimo en su esbeltez redondeada...". Así paseaba por Sevilla don Ramón Carande, según lo describió el poeta Joaquín Romero Murube a finales de la década de los 60. La imagen, habitual para muchos de sus conciudadanos, se ha mantenido viva en la retina del entonces universitario, admirador temprano de su obra y que ahora confirma plenamente con esta biografía. Ha contado para ella con una rica documentación: el archivo Carande que guarda la RAE, la biblioteca familiar que le han abierto sus descendientes, así como testimonios de discípulos y amigos.

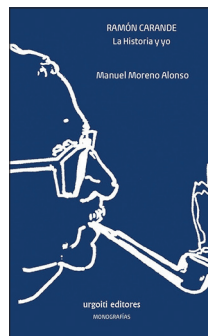
Una sola obra, *Carlos V y sus banqueros* (publicada en 1943, a la que seguirían los tomos aparecidos en 1949 y 1968), bastó para situar a Carande en la primera línea de la historiografía española. Su acercamiento a las complejas vicisitudes económicas y a los problemas crediticios del reinado del emperador, fruto maduro de un minucioso y exhaustivo examen de las principales fuentes archivísticas del país, contrastaba sin embargo con la hagiografía de las glorias imperiales que el momento político impulsaba. No por ello dejó de ser valorado enseguida por distinguidos universitarios e intelectuales, aunque su influencia se intensificaría décadas más tarde, cuando las nuevas orientaciones del trabajo histórico reconocieron sin ambages su labor pionera en el abordaje de los aspectos económicos y sociales.

Carande, como se explica en este libro, no era historiador de

formación sino economista y tardó mucho en dedicar a Clío sus principales esfuerzos. El modo en que esta disciplina le salió al encuentro aparece descrito aquí con todo detalle. Permite seguir su trayectoria desde su nacimiento en Palencia, en 1887, hasta su jubilación como catedrático de la Universidad de Sevilla, en 1957. Pues el relato de sus intensos últimos años, hasta su muerte en Badajoz en 1986, lo reserva el autor para un segundo volumen.

En lo que podríamos describir como una microbiografía, debido a la delectación por los pormenores con que se matiza aquí cada etapa de su desarrollo, Carande no camina solo. Desde el principio se nos informa con minuciosidad tanto sobre sus familiares como sobre sus primeros maestros. Mayor subrayado merecen los años universitarios madrileños, en los que la influencia de personalidades señeras de la Institución Libre de Enseñanza resultará definitiva, así como su conocimiento de Ortega y su decisivo aprendizaje con Flores de Lemus. También su viaje a Alemania, becado por la JAE, origen de su germanismo cultural y de su interés por el socialismo. Más adelante llegarán sus oposiciones a la cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Murcia en 1916 y su traslado dos años después a la Universidad de Sevilla. Allí fundará una familia y empezará a frecuentar los archivos con un creciente interés por la Historia.

No menor atención se presta a su breve mandato como rector de la Universidad hispalense en 1930 y a los tiempos de explícito compromiso político de Carande. Miembro de la *Agrupación al servicio de la República*, se trasladó a Madrid en abril de 1931, fue nombrado Consejero de Estado e inició su fructífero contacto con el Banco Urquijo. Testigo de primera mano de las vicisitudes



Manuel Moreno Alonso
Ramón Carande. *La Historia y yo*.
Urgoiti editores, Pamplona, 2020,
638 pp., 22 €

del régimen republicano, permaneció en la capital hasta el fin de la guerra civil. La victoria franquista le comportaría un expediente de depuración y la prohibición de reincorporarse a su cátedra, a pesar incluso de sus avales "nacionales" y de un sorprendente ingreso en Falange. Ante la imposibilidad de reanudar su vida académica, de nuevo en Sevilla, Carande se volcó en la intensa investigación histórica que cristalizaría en *Carlos V y sus banqueros*. A su éxito seguirían, en poco tiempo, su ingreso en la Academia de la Historia y la vuelta a la cátedra.

En el relato de la peripecia individual de don Ramón se han ido entretejiendo valiosas informaciones sobre sus contemporáneos, especialmente los historiadores. También, sobre las ideas y las instituciones dominantes en la vida cultural española, sobre los usos y costumbres universitarios, sobre las formas de socialización de las élites intelectuales y sobre su compromiso político. Subyace a la pretensión de esbozar una historia intelectual del siglo de Carande, que el autor subtitula "la Historia y yo", un reproche a la sobrevaloración de la obra y los métodos elitistas de la ILE y, por lo que se refiere a la labor del historiador, una defensa del trabajo riguroso y crítico con las fuentes de archivo frente a pretenciosas generalizaciones de manual. ■



© Archivo Familia Carande.

El campo andaluz, semillero de democracia

LAURA CABEZAS VACA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

La semilla de la democracia arraigó con especial intensidad en el agro andaluz y fue regada, con enormes dificultades, por muchos de sus habitantes desde 1939. Sin tener en cuenta la influencia de los movimientos de oposición campesina, resulta difícil comprender la construcción democrática posterior. A pesar de ello, el campo ha sido tradicionalmente visto como un espacio pasivo, atrasado, irreconciliable con la modernidad.

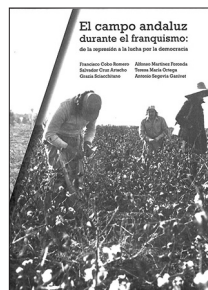
El campo andaluz durante el franquismo: de la represión a la lucha por la democracia nace tempestivamente para desmontar esta visión a través de una síntesis de lo investigado en las últimas décadas. Impulsada por Comisiones Obreras de Andalucía y por la Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía, la obra recoge las aportaciones de seis historiadores expertos en la materia que realizan un análisis riguroso, donde la historia muestra su valor como instrumento necesario —hoy más que nunca— para fortalecer la memoria democrática andaluza.

El libro recorre los años de la dictadura, desde su implantación hasta sus últimos días y la llegada de la democracia. Así, en los dos primeros capítulos se analiza cómo la represión ejercida por el estado franquista intentó, y consiguió —solo en parte, como se puede comprobar según se avanza en la lectura— dismantlar la capacidad reivindicativa en el campo andaluz. Francisco Cobo Romero analiza los condicionantes del proceso represivo y contradice la generalizada idea que lo sitúa como una respuesta a la violencia de la guerra. Para este autor, la represión franquista debe entenderse como el instrumento del ejercicio institucionalizado de la violencia

política del Nuevo Estado, orientado a exterminar a aquellas organizaciones que apoyaron un modelo político reformista. Desde una visión poliédrica, que dirige la mirada no solo a la vertiente física, sino también al carácter social y económico que tuvo la represión, Salvador Cruz Artacho viene a corroborar tal idea, demostrando la estrecha relación que en Andalucía existió entre la represión y el mundo agrario y sus conflictos laborales. Una violencia que alcanzó sus más altas cotas en las zonas donde la implementación de reformas había sido mayor en los años anteriores al conflicto.

La instauración del orden franquista introdujo cambios socioeconómicos determinantes en el campo andaluz, que son examinados por Grazia Sciacchitano. Se destaca en primer lugar el espíritu productivo que caracterizó el desmantelamiento de la reforma agraria republicana, por encima de los criterios distributivos que habían predominado en la etapa anterior, especialmente a partir de 1959, para pasar a continuación a analizar la posición del PCE desde el final de la autarquía. En este contexto, la Ley de Convenios Colectivos de 1958 marcaría un punto de inflexión que supuso el regreso a la actividad de los sindicatos, dentro de los cauces impuestos por la dictadura. La lucha por la propiedad de la tierra perdería entonces su protagonismo en favor de la exigencia de mejora de las condiciones de trabajo, sin que por ello cambiase el eje que había animado la lucha desde sus inicios: el deseo de democratización del campo.

Los intentos de resistencia surgidos a partir de finales de los cincuenta son objeto del estudio desarrollado por Alfonso Martínez Foronda, que analiza un caso emblemático como es el Marco de Jerez. En esta zona, la experiencia movilizadora fue excepcional



VV.AA.
El campo andaluz durante el franquismo: de la represión a la lucha por la democracia. CCOO-Andalucía, Sevilla, 288 pp.

debido a una serie de características como la singular distribución de la tierra, la larga tradición anarcosindicalista, una extrema dependencia de mano de obra especializada, y sobre todo, una clara conciencia de los jornaleros campesinos de su poder. Sin embargo, la resistencia no fue nunca fácil ni tampoco unívoca. El uso de la ley del 58 y del Sindicato Vertical se conjugó con el surgimiento de Oposición Sindical Obrera, sindicato clandestino, que actuó especialmente en la década de 1960.

Los años finales de la dictadura estuvieron, en efecto, marcados por una fuerte conflictividad social. Teresa María Ortega López y Antonio Segovia Ganivet exploran, en el capítulo que cierra el libro, las estrategias y movimientos de oposición encabezados por el Partido Comunista y CCOO en esos años. Las transformaciones experimentadas por la sociedad rural española determinaron la inserción de profundas modificaciones en el programa agrario del PCE, que hubo de adaptarse a una nueva realidad. Si bien el paso a la democracia no trajo una mejora sustancial de las condiciones de vida de los trabajadores del campo, significó la puesta en marcha de una serie de propuestas que habían determinado una lucha latente durante más de cuatro décadas. ■

